ficaciones, pues dexandole assi descubierta su fragilidad tiene donde executar el golpe mas â su salvo, armandoles sancadillas con sus proprias penitencias: creeme que mas seguramente venceràn, quando á mas de las penitencias, sumergidos en su nada, fiaren toda su victoria á el refugio de el Altissimo; pues con esto tienen dos cosas en su abono, la primera se le desparecen de los ojos á la soverbia presuncion de su contrario, y la segunda, que con essa propria confianza empeñan à el todo Poderoso que los defienda, pues tiene dada su palabra, de que no perezerà, quien en su Misericordia confiare.

Aquel ultimo combate, en que enredadas en los pies de el afligido caminante dos Culebras lo partieron en dos, quedando cada uno con toda su integridad, te significa la batalla de el espiritu, y la carne, en que tanto hà sosobrado tu cuydado, y no me admiro, pues, los assaltos que dà el domestico, el amigo, ô el hermano, siempre son los mas sensibles, estragosos, y arresgados; y por esso viste á el combatiente espiritual, bramar de la congoxa como Toro, porque sentia tanto que le injuriasse su hermano, y que ultrajandole le perdiesse los respectos de su mayorìa, haziendose caudillo para perseguirle, que resonando en lo mas interior de su corazon el estrepito de golpes, y bofetadas, tuvo â bien el abroquelarse todo en el amparo de su escudo, sufriendo con constancia el importuno, y tyrano atrevimiento, hasta que cansado de afligirle su carnal hermano se levantò el mayor, y azotandolo contra el suelo lo rindiò.

Y aqui se te dà â entender, que quando el maldito enemigo de la concupiciencia hecho un castillo de fuego rebelado contra el espiritu dà el assalto en las obscuridades de sus desenfrenados apetitos, hà de sufrir la Alma los baldones de inmundas representaciones, sin dexarse echizar de la venenosa infeccion de su hediondèz, haziendo de cuenta que està en medio de un temporal Infierno, esforzandose á padecer sus tormentos con la esperanza segura, que no hà de durar eternamente el conflicto, sino que se hà de acabar esse combate, y esse asqueroso lago de inmundicias, y de esse voracissimo fuego hà de salir acrysolada â interezar la corona de el sufrimiento en el Reyno de gloria inmarcesible: el haverle amarrado las manos, y ciñendoselo á la cintura

tura con el cinto de espinas, no quererlo dexar en el campo difunto, fuè porque para entrar en el Reyno de las felicidades, el espiritu, hà de ir forzosamente acompañado de la carne en su resurreccion, pues en ella hà vèr las glorias de su Salvador; y porque nunca puede andar en el camino de su peregrinacion sin llevarle â su lado por Consorte, y assi aùn quando està vencida, la lleva arrastrando con espinas, porque siempre le cuesta dolores el enderezarla por el camino de la Virtud, que le desabre mucho â la grosera inclinacion de sus carnales apetitos: el haver los dos combatientes vuelto á la unidad de una persona en las puertas de la Ciudad, fuè porque en los atrios soberanos de la Celestial Jerusalen juran yà pazes la carne, y el espiritu, mediante la confirmacion de la gracia.

JORNADA XXX.

Haze una replica el Peregrino, y entra en el estrecho de las Sierpes.

ACabò mi amada Compañera Consideracion su mysteriosa interpretacion, y Yo que havia estado colgado de sus labios, por no perder ni una tan sola voz de sus periodos, le dixe: yà hè entendido, ô carissima hermana mia, todo lo que â las luzes de tu Farol me hàn mostrado, y hè assentado en mi corazon lo que me hà declarado tu enseñanza, sola una duda se me ofrece, y con el permiso que me hà dado tu piedad, te la propongo, y es esta: si en aquel negro campo de tinieblas havia desparramadas sin orden, ni concierto tantas Fieras, porquè ninguna le saliò â el encuentro acometiendole por delante, y haziendole con el bote retroceder para la Carzel, de donde havia salido, sino que todas llegaban â herirle por las espaldas, ahorrandole muchos passos en la nueva conquista, ô restauracion de su Reyno? Por dos cosas, me respondiò Consideracion, la una, porque entiendas, que todos estos brutos salen de la Casa de los

los pecados, donde tienen sus raizes; y la otra, para que sepas, que los golpes de las tentaciones â el que camina abroquelado de la Divina Clemencia, y fiado solo en el escudo de el patrocinio de el Dios de las misericordias, no solo no lo atrazan en el camino de la Virtud, ô lo hazen volver atràs para los calabosos lobregos de la culpa, sino antes lo adelantan, haziendolo volar con ligereza â el triumpho de su Reyno, ô à el Reyno de los mas inapreciables triumphos.

Tan convencido hè quedado de tus razones, y tan fortalezido, y animado con tu doctrina, ô amada Compañera mia, la dixe, que yà mas siento perder un solo instante en la prosecucion de mis anhelos, que padecer los golpes que me pueden ocasionar las estrechuras, y assi prosigamos querida Conductora, y no dexes de socorrerme con tus influxos, ni de alumbrarme con las poderosas luzes de tu Lanterna: assi lo harè, me respondiò Consideracion; pero mira que te advierto, que no sueltes esse baculo que te puse Yo en tus manos, pues hàs visto, que toda la victoria de aquel dichoso caminante estrivò en el asylo de su mysteriosa cobertera: como soltarlo, la dixe, primero me faltarà la vida que Yo me desate de su abrazo: asido, pues, fuertemente de mi baculo comenzamos á entrar en el estrecho, y luego â el punto empezè á sentir las amarguras de sus espinas, porque cayendo sobre mi corazon, no sè si diga un negro manto, que lo enlutaba, ô una pesada losa que lo oprimia, me acobardaba con funestissimas representaciones, y como arguyendome incontrastables dificultades me emperezia; pero aplicandome á el pecho la soberana pictima de mi baculo, cobraba esfuerzo para caminar arrastrando â mi misma pesadèz: en esto llegò el caso de afrontarme â las dormidas Sierpes, y recordadas con el proprio artificio de la volante centinela, que havia visto en el passado encuentro, tocò á el arma el desabrido enojo de su soverbia; cogieronme todos los passos, que como se reducian â la mas apretada angostura, no havia resquicio, â donde no estuvieran amontonadas las Serpientes, saltando cada qual de su pujanza, y prometiendose cada una el vencimiento á golpes de su terca porfia: comenzaron á esgremir las ojas de sus colas; pero acordandome Yo de las campales industrias de mi Capitana Consideracion, y no olvidandome de sus

sus sabias cautelas, procurè ante todas cosas, que no me hallasse el sobresalto, para que no me encontrasse el miedo, y assi sacudiendome con cuydadosa diligencia de la villanìa de el susto, me aprestè mas á padecer con constancia, que á herir con presuncion, y antes á sufrir con humildad, que no â forzegear con arrogancia.

Golpeaba sin descanso con sus molestas alas el Cuervo monstruoso mis ojos, para que cegando â sus heridas, se le facilitaran á las Sierpes sus mordidas, y â mì se me dificultassen las defensas; pero como en el conflicto de aquella espinosa estrechura fiaba todos mis tiros á la constancia de mi passion, y sufrimiento con el inviolable refugio de mi baculo, jamàs me turbaron sus azotes: y estrivò todo el triumpho de mi victoria, en que luego que hizo la seña de acometer la sierpentina esquadra á el clamor de el corvo pico de el Cuervo gigantèo, me aguovie hasta la tierra, y metiendo la cabeza entre los pies, para que lo mas alto de mis pensamientos fueran las profundidades de mis miserias, me abrazè fuertemente con mi baculo: como en la misma apretura de aquel estrecho horrible hazia la pedregosa senda decenso á manera de escala sin descanso, luego que rodeandome todas las siete Sierpes repetian escaramusas de su combate, arrastrandome con sus desordenadas conmociones, â empellones de sus injurias fui rodando con ellas por la encrespada cumbre con presurosa ligereza, en cuyos erizados crestones iban quedando á pedazos las belonas diabolicas de las furiosas bestias, hasta que desnudo todo mi cuerpo de la maldita culebrina tela, que le vistiò el combate, â fuerza de los golpes, y mi constante resistencia, me hallè en un apacible campo, respirando desahogos con indecible jubilo de mi espiritu; y desfrutando yà deliciosas claridades despues de la molesta tropelìa de aquella obscura noche, iba desabrochando fulgores la feliciflima aurora de contentos: diòme la en hora buena de mi triumpho mi amante Compañera, y Yo le repeti á su favor el debido agradecimiento, pues no hay duda, que si me huviera faltado su assistencia, me huviera sido impossible el no haver desmayado en tan sangrienta lid, y el no haver perezido en batalla tan estupenda.

Parème, y luego que comenzamos á proseguir nuestra estacion

tacion por el quieto, y sossegado campo, sin querer voltear el rostro á mirar los escollos, por donde havia passado, porque no me encantasse el venenoso aspecto de los destrozados fragmentos de las Sierpes, mirandome mi amante Consideracion con risueña modestia, me dixo: vés Peregrino consorte, como en las agonias de la mayor de todas las estrechuras solo se pierde, el que perderse quiere: pues estrivando unicamente el exito feliz en desconfiar el Hombre de sì mismo, y confiar sin rezelo, en el escudo de el Divino favor: què cosa le puede ser mas facil que el vencer, si con constante tolerancia se arroja en las manos de el Señor, para que mueva la pelota de su miserable nada por las sendas que dispusiere la suavidad de su gobierno? Aqui llena de charidad mi afable Conductora alzò las manos, y la voz, y esparciendo sus dulzes ecos por el aîre prosiguiò de esta suerte: O vosotros todos los que caminais las sendas de la mortalidad, mirad, mirad conque facilidad podréis lograr el vencimiento de vuestros enemigos, por mas que contra vuestra pequeñèz rebelado todo el Infierno granize golpes en la tempestuosa obscuridad de la noche de tentaciones: no crèais hermanos mios, que son incontrastables las assechanzas, por mas que assi os lo griten las enemigas huestes de el letheo: no imagineis, que son las fuerzas de el Demonio irresistibles, por mas que assi lo vorbosé su presuncion; ni finalmente penseis que la fragil, inconstante, y quebradiza miseria vuestra es incapaz de develarle: sabed, sabed, que lo que podeis vencer, y advertid, que estoy tan lexos de engañaros, que me obligo á condenarme por el que assi arrojado en brazos de la Divina Misericordia se perdiere: animo, pues, Christianos corazones, mirad que es infinito el triumpho, el tiempo de la lucha muy breve, el modo de combatir muy facil, el socorro muy prompto, ê insuperable, y Dios siempre piadoso, benigno, misericordiosissimo, y clemente.

* * *
* *

JOR-

JORNADA XXXI.

Prosigue el Peregrino su caminatá, y llega â la Casa de la Preparacion.

PAssamos en este dulze coloquio aquel apacible, y deleytoso valle, y despues de atravesada la llanura, hallandonos en los umbrales de una Casa, que ocultaba un secreto, y silencioso Bosque, le dixe â mi Compañera: es esta por ventura la desseada Casa de la Convalecencia? Aùn todavia te falta, para llegar allà, me respondiò; pero es preciso que entremos aqui, porque una venerable Señora, llamada Preparacion, que á dentro vive, es quien dispone, y aparata á los que pretenden entrar en tan magestuoso Palacio, y assi te conviene, que con el mayor rendimiento la saludes, y le encomiendes los atavìos de tu arreo. Dicho esto llegamos â la Casa que era de este mysterioso artificio: la entrada á manera de piramide tendida, pues comenzando por la estrechura de pocos puntos, se iba dilatando espaciosa por â dentro; la puerta tan ajustada â el quicio, y marco, que ni el mas subtil viento le permitia la violasse, no tenia chapa, sino un solo picaporte de golpe, por no dexar la mas tenua rendija â el registro; no havia portero que guardasse sus llaves, ô franqueasse la puerta, ni por el frontispicio se dexaba vèr algun balcon, ventana, ni postigo, por donde se pudiera llamar â sus interiores moradores, como amurallada de tan mudo silencio estaba, para rechazar las inquietudes de el bullicio, que ni por á fuera movian sus ojas los arboles, que parece, la rodeaban solo para ocultarla, ni por à dentro, por mas que apliquè el oìdo, pude percebir el toque mas recatado: hallandome en esta confusion, queriendo entrar, y no hallando modo, ni sabiendo si havia de golpear, para que nos abriessen, le dixe á mi Compañera: y ahora què hèmos de hazer para entrar, ô que diligencias hemos de executar, para que nos abran las puertas de esta enigmatica Casa? A lo qual me respondiò Consideracion, esso se pide de esta suerte, y postrada de rodillas, puestas las manos con reverente humildad clamò de esta manera.

Espi-